

escribía una poesía muy intelectual y refinada en un castellano asombrosamente perfecto. Y muy especial también es el caso del griego Angelo Sikelianos (1884-1951), quien también cultivaba, como otros de sus compatriotas, una lengua extranjera, esta vez la francesa, si bien lo mejor de su obra fue escrito en griego demótico. Sikelianos fue el organizador del Festival Delfico de Atenas y dirigió las representaciones de las tragedias de Esquilo en el santuario consagrado a Apolo. Juntamente con Georgios Drosines, Kostis Palamas y Kavafis, fue uno de los grandes poetas griegos de la primera mitad de nuestro siglo.

También se publicó en francés un poema de Armande Loup; y la gran poesía francesa estuvo representada en aquellas páginas por la traducción de Paul Eluard hecha por Gabriel Celaya.

La incomunicación con la poesía portuguesa, y con el conjunto de la cultura del país vecino, era en aquellos años casi total. No obstante ello, y con carácter más espontáneo que programático, inicié una exploración de posibilidades que, como entonces esperaba, ha ido desembocando, en el transcurso de unos decenios, en una amplia colaboración muy próxima al entendimiento. Amándio César, Egito Gonçalves —autor, años más tarde, de una antología de la poesía española de la postguerra— y Antonio Rebordao Navarro se cuentan, pues, entre los iniciadores del intercambio cultural hispanoluso de los últimos decenios.

Rilke, poeta muy poco leído en España durante aquellos años, cuenta con una doble representación en nuestra revista: una de sus poesías, traducida por Federico Muelas y R. Pérez Delgado, y un artículo de Manuel Coello en el que su autor recuerda cómo y cuándo le conoció. A Coello, que había trabajado en la librería y sala de arte de Buchholz de Madrid, le conocí cuando dirigía la Sala de Vilches y yo empezaba a escribir crítica de arte. Era pariente del pintor membrillense Luis Pardilla, con el que vivió hasta que este último contrajo matrimonio.

Un caso que ha dado bastante que hablar es el relacionado con el anónimo chino aparecido en el número 5 de *Deucalión*. Carriedo me dijo que lo había traducido de una versión francesa, y el mismo origen atribuyó a los anónimos chinos que aparecieron en *El pájaro de paja*. Parece ser que, posteriormente, se divertía contando a algunos amigos, pero nunca a mí, que aquellos poemas eran pura invención suya, mientras aseguraba a otros que eran auténticamente chinos. Sea de ello lo que quiera, éste y los demás “anónimos” son, a mi juicio, muy buenos poemas, y debido a ello nunca puse obstáculos a su publicación en ninguna de las revistas en las que aparecieron. Nuestra norma era la calidad, aún cuando pudiese ir acompañada por la pirueta.

Eduardo Chicharro, autor de la fotografía de Gregorio Prieto que, firmada por Chebé —pseudónimo compuesto con las iniciales de sus apellidos, el segundo de los cuales era Briones—, apareció en el número 1 de *Deucalión*, publicó en el siguiente uno de sus mejores cuentos. Fue un triunfo arrancárselo, pues Eduardo estaba entregado en aquella época a una constante revisión de su abundante obra, tanto lírica como narrativa, que corregía una y otra vez, domi-